

de las gentes, sin que ninguno de los lugares de la memoria, como nombres de las calles o monumentos los recuerden. Rescatar a estos militantes provinciales del olvido, y demostrar que en la provincia existían más protagonistas que el conde de Romanones o la condesa de La Vega del Pozo es uno de los grandes méritos de esta obra; pero no sólo ocurre con los militantes de las organizaciones de izquierda sino con otros personajes que ocuparon cargos gubernamentales y algunos han ocupado lugares de la memoria, como por ejemplo dar su nombre a una calle. Pero aunque estén presentes en la vida actual de esta manera el recuerdo biográfico del personaje ha desaparecido de la memoria de las gentes. Y aun se puede hablar del caso de personajes que de una forma vaga han permanecido en la memoria colectiva de algunos grupos sociales, esta obra les devuelve a todos su carácter de históricos.

Además, el autor no se ha limitado a los acontecimientos en la capital, sino que ha estudiado los hechos en diferentes localidades de la provincia, y se ha ocupado del sector minero y señalando como la primera huelga de la provincia, la primera conocida, que no tuvo lugar en la capital sino en el municipio de Brihuega. De otro lado, el autor utiliza un recurso que solo la microhistoria permite: situar la historia en marcos geográficos muy determinados, como calles concretas, lo que ayuda a un acercamiento de tipo afectivo a los acontecimientos que se desarrollan en el libro.

También permite el estudio de las continuidades colectivas. Así en la obra se narra cómo los habitantes de un barrio marginal de la ciudad toman el ayuntamiento tras el triunfo del Frente Popular y nombran un alcalde que les hace una serie de promesas sobre la mejora de sus condiciones de vida. Cuando unos treinta años después los habitantes de ese barrio comienzan a movilizarse contra el franquismo, también en lucha para conseguir mejorar sus condiciones de vida, probablemente sin tener memoria del acontecimiento anterior, sus reivindicaciones

serán las mismas que las realizadas treinta años antes. De esta manera esta obra contribuye a recuperar la historia y la memoria de un territorio y unos grupos tradicionalmente olvidados por la historiografía; el obrero sigue teniendo quien le escriba, y Guadalajara también.

Félix Hernández

ALEJANDRO QUIROGA

Los orígenes del nacionalcatolicismo. José Pemartín y la Dictadura de Primo de Rivera

Granada, Comares, 2006, 154 pp.

ISBN: 978-84-98362-11-4

Alejandro Quiroga es profesor de Historia de Europa en el Reino Unido, en concreto en la School of Historical Studies de la University of Newcastle. Entre sus principales líneas de investigación se encuentran el estudio del nacionalismo, el fascismo y el pensamiento conservador en España durante el siglo XX. Es autor de varias monografías, entre las más recientes: *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas durante la Dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930* (2008) y, en colaboración con S. Balfour, *España reinventada. Nación e identidad desde la Transición* (2007).

La obra que aquí se comenta se estructura en cinco capítulos, además de una introducción y unas conclusiones breves. Sin duda, uno de los principales méritos del trabajo está en su capacidad para tratar, e interrelacionar con habilidad y coherencia, lo particular con lo general, es decir, el análisis del pensamiento de José Pemartín, su biografía intelectual —se echa algo en falta su contexto familiar/social— y su dimensión de ideólogo de la Dictadura, con la presentación de algunos de los componentes ideológicos y proyectos políticos que permiten definir la naturaleza del régimen de Primo. En este sentido, se pueden diferenciar con claridad dos partes en la organización interna del libro. Por un lado, los capítulos 2 y 3, dedicados al análisis de los principios político-filosóficos en

la base del pensamiento pemartiniano, su inserción en las corrientes filosóficas europeas del momento y la identificación de sus influencias intelectuales de referencia, tanto entre las filas del tradicionalismo decimonónico español (Balmes, Vázquez de Mella, Menéndez Pidal...) como entre sus coetáneos (Spengler, Bergson u Ortega y Gasset...).

El segundo gran bloque, sin perder nunca de vista el pensamiento y la obra de Pemartín, así como los posicionamientos concretos de éste con respecto a las cuestiones que el autor va planteando, ofrece una perspectiva más global, que permite entrar en algunos de los grandes temas que respecto a la Dictadura del general Primo de Rivera ha venido discutiendo la historiografía española: el intento de poner en práctica un modelo de sociedad corporativa, el desprecio por los principios, la tradición y las instituciones liberales, la peculiar apuesta del régimen por la movilización y nacionalización de las masas, sus principales estructuras institucionales, el intervencionismo estatal, las relaciones con el fascismo italiano...

Si bien el nivel de interés de la obra no decae en ningún momento, los capítulos más densos y sugerentes, tal vez también más originales, sean el segundo: «Coordenadas ideológicas», y el tercero: «La idea de España», que coinciden con lo que más arriba se ha denominado «biografía intelectual» de Pemartín. En el capítulo segundo Quiroga desarrolla una de las ideas-fuerza de la obra, la definición del pensamiento pemartiniano como una síntesis entre el tradicionalismo español, con la centralidad del ingrediente católico, y la «modernidad», entendida por el intelectual gaditano como progreso científico, tecnológico, eficiencia organizativa del Estado... Todo ello bien aliñado con las por entonces tan influyentes corrientes irracionistas en el pensamiento europeo del momento. Este segundo elemento permite aproximar a Pemartín al corpus doctrinario fascista. De modo que, en palabras del autor, el pensamiento pemartiniano sería una síntesis entre un tradicionalismo español algo

remozado (actualizado) y las diferentes manifestaciones del discurso fascista en la Europa de la década de 1920. Pemartín representa, entonces, una «vía tradicionalista al fascismo» que, siendo ya más que evidente en los años veinte, se va a ir decantando progresivamente. En cierto sentido, creo que se podría afirmar que Pemartín se va, él mismo, «fascistizando», como demuestra su apuesta por un modelo de Estado fuertemente intervencionista, en el borde de lo totalitario.

En cuanto a la idea de España (cap. 3), partiendo de una concepción de la Historia cíclica y providencialista, los componentes esenciales de la nación serían dos: la religión católica, que constituye la propia esencia de la nación; y la monarquía, como única forma política sobre la que es posible construir la nación española. Este concepto de nación, tomado de diferentes pensadores de la derecha reaccionaria del siglo XIX, se va complementando con toda otra serie de características atribuidas a la nación española y que tampoco son originales: la idea organicista de nación, de origen romántico; la de «regeneración nacional» o el tan polivalente y maleable concepto de anti-España.

En realidad, del análisis de Alejandro Quiroga se desprende la conclusión de que, más que un intelectual con un sistema de ideas novedoso, Pemartín es un glosador o vulgarizador del tradicionalismo español del siglo XIX, suficientemente buen conocedor del panorama intelectual europeo del primer tercio del siglo XX, como para lavar la cara de aquel y presentar un producto en apariencia más fresco.

De entre los temas propuestos en la segunda parte de la obra (caps. 4 y 5) uno de los más relevantes sería el problema de la «movilización» y «nacionalización de las masas» pretendida por la Dictadura y teorizada, entre otros, por el biografiado. En su interpretación, con la que concuerdo casi por entero, Quiroga emplea el término «manipulación de las masas» para calificar la movilización impulsada por la Dictadura de Primo de Rivera. Efectivamente, este tipo de movilización instrumental, a veces

coactiva y más o menos episódica, emparenta al régimen de Primo con otras dictaduras fascistas y nacional-autoritarias de la Europa de entreguerras, tal y como explica el autor. Hay que destacar, el componente de control social que este tipo de movilización política *sui generis* conlleva. Sin embargo, la movilización política que la Dictadura trató de promover, por medio de la Unión Patriótica, por muy pautada y dirigida a las clases medias que esta fuese, no dejaba de ser en buena medida contradictoria con sus propias esencias ideológicas elitistas, antiliberales, corporativas y fuertemente antidemocráticas. Esto en sí mismo no es una novedad, sin embargo, cabe preguntarse hasta qué punto hubiera sido conveniente para la Dictadura de Primo una movilización (y socialización) política exitosa, prolongada y amplia en un país con una presión casi incontenible por parte de aquellos sectores sociales excluidos de los derechos políticos. Por otra parte, incluso en los ejemplos históricos más logrados, como el fascismo italiano, la generación de actitudes de consentimiento a través del estímulo de la movilización política adopta tener una fecha de caducidad relativamente temprana.

Un segundo asunto importante es el de las funciones del Estado en el ideario pemartiniano y en la propia praxis política de la Dictadura. El reforzamiento de la presencia del Estado en todos los ámbitos de la vida social (proteccionismo económico, tendencia a la intervención en el campo educativo, aniquilación de la división de poderes, promoción de la política de obras públicas...) no se puede desvincular de una deriva totalitaria que provocaría la erosión de algunos de los apoyos fundamentales del régimen, agredidos en sus propias parcelas de poder. Resulta muy interesante el concepto de «solidaridad nacional», que no es sólo coherente con el paradigma corporativo de la «tercera vía» como expediente para la eliminación de la lucha de clases. Tendría mucho sentido poner en relación (saber en qué se parecen y qué los distancia) este concepto de «solidaridad

nacional» con la doctrina social de la Iglesia e incluso con el posterior ideal falangista de «justicia social».

La segunda gran tesis del libro de Alejandro Quiroga tiene que ver con la identificación, en la Dictadura de Primo de Rivera —y en las teorizaciones de Pemartín— tanto de un sustrato ideológico como de numerosas políticas específicas que después retomará el franquismo: el antiliberalismo, el antisemitismo, la exaltación del papel salvador del ejército, la concepción providencialista de la Historia, los conceptos de regeneración y de anti-España, con su carga de purificación espiritual de la nación, la apuesta por lo tecnocrático, las semejanzas entre el modelo de partido único representado por la Unión Patriótica y el Movimiento Nacional y entre la Asamblea Nacional y las Cortes franquistas, el proteccionismo económico... y un largo etcétera.

Sin embargo, el elemento de continuidad en el que más énfasis hace el autor tiene que ver con la consideración del pensamiento de José Pemartín como un anticipo del nacionalcatolicismo español dominante en el seno del régimen franquista entre la segunda mitad de la década de 1940 y finales de la de 1950. Se nos plantea aquí una posible pregunta que vendría a ser el «negativo» de la tesis que defiende el autor. ¿Hasta qué punto fue José Pemartín un referente intelectual de los principales representantes de la doctrina nacionalcatólica en la posguerra? ¿Se reconocieron los católicos y la jerarquía de la iglesia española en las teorizaciones del intelectual y propagandista jerezano o lo hicieron en otros autores de la tradición socialcatólica?

Del mismo modo, las evidentes continuidades entre primorriverismo y franquismo derivarían en otra serie de cuestiones. Más allá de la institucionalización violenta del franquismo a través de la Guerra Civil y de la represión, qué elementos novedosos aporta el franquismo respecto de la Dictadura del general Miguel Primo

de Rivera. A estas alturas es evidente que la longevidad del régimen de Franco, al margen del recurso a la violencia política y de determinadas coyunturas internacionales favorables, debe de explicarse también por la existencia de un nada despreciable consentimiento entre determinados sectores de la sociedad española. ¿Por qué motivos, partiendo de una situación *a priori* más favorable, se erosionó tan rápidamente el consenso del que en algún momento gozó la Dictadura de Primo, en especial entre las clases medias y los sectores católicos? ¿Le faltó a la Dictadura de Primo capacidad represiva o dar otra vuelta de tuerca más a su autoritarismo? Se trata de cuestiones que la historiografía española ha tratado al menos ya parcialmente.

Los orígenes del nacionalcatolicismo. José Pemartín y la Dictadura de Primo de Rivera es una obra más que recomendable, en la que Alejandro Quiroga intenta y logra una exégesis completa del pensamiento pemartiniano, tomando como fuente los escritos de este, principalmente sus artículos propagandísticos en la prensa oficialista de la Dictadura y la que tal vez sea su obra central: *Los valores históricos en la dictadura española (1928)*. Una de las principales virtudes de la obra está en la capacidad de su autor para explicar con claridad, sencillez y de una forma sintética los, con frecuencia, poco aprehensibles conceptos y categorías de la Historia de las Ideas políticas y filosóficas. Otra aportación meritoria es su habilidad a la hora de enmarcar la doctrina pemartiniana en el contexto más amplio de las corrientes de pensamiento dominantes en la Europa del primer tercio del siglo XX. La buena organización interna del texto, su claridad expositiva y su vocación didáctica, lo hacen accesible para una generalidad de lectores no necesariamente familiarizados con este tipo de temas. No es poco para un ensayo histórico.

Daniel Lanero Táboas

DAMIÁN A. GONZÁLEZ MADRID

Los hombres de la dictadura. Personal político franquista en Castilla-La Mancha, 1939-1945

Ciudad Real, Almud, 2007, 376 pp.

ISBN: 978-84-934858-3-7

El estudio del personal político franquista empieza a contar con una larga tradición en España. La investigación de María Encarna Nicolás, que vio la luz en los primeros años ochenta, abrió paso a un interés por el estudio del poder local para comprender el franquismo. Esbozó preguntas –y dio respuestas– sobre cuestiones como la naturaleza del personal político, su gestión al frente de las instituciones, la vida cotidiana o la moral de aquellos años. En los noventa vieron la luz trabajos interesantes y sugerentes por diversos motivos. Pudo ser el caso de las imprescindibles investigaciones de Conxita Mir sobre la vida cotidiana y la represión en la Cataluña de posguerra. También la de Glicerio Sánchez Recio sobre el personal político intermedio. Y también las investigaciones de Antonio Cazorla, en los que hablaba de una «vuelta a la Historia» y del caciquismo a la España de posguerra.

Las obras citadas, entre otras, despertaron el interés de algunos jóvenes –y no tan jóvenes– historiadores por el poder local y el estudio del personal político (Sanz Hoya, Sánchez Brun, Cenarro Lagunas, Ortiz Heras, Rodríguez Barreira, Cobo Romero, Ortega López, Rivero Noval o Del Arco Blanco, entre otros). En definitiva, en el corazón de las nuevas investigaciones se escondía la pregunta de cuál era la naturaleza del franquismo, para lo que es clave el carácter de sus apoyos sociales, más que las características de su gestión política. Es en este contexto donde se enmarca el destacado trabajo de Damián A. González Madrid.

¿Ruptura o continuidad en el personal político franquista? ¿Hubo renovación en los apoyos sociales del «Nuevo Estado» respecto a épocas anteriores? González Madrid coloca su trabajo junto a aquellos que afirman la llegada de unos nuevos hombres a las instituciones del Régimen